

Cochinillo al horno

El deportivo rojo aparcó en un lugar que muchos otros conductores habían descartado. Se trataba de un sitio espacioso, pero si uno aparcaba allí irremediablemente el morro del coche invadía, y de mucho, el vado amarillo. La calle era estrecha y los vecinos que salían del *parking* necesitaban ese vado para asegurar la maniobra de giro. De vez en cuando algún conductor desconsiderado no respetaba la pintura amarilla, de manera que el vecino afectado se quedaba atascado en la puerta. El paso siguiente era poner los 4 intermitentes, bajar del coche y entrar en el restaurante de al lado, un pequeño mesón, donde normalmente se hallaba el conductor insolidario. Los vecinos avisaban al encargado, quien cantaba en voz alta la matrícula o modelo del coche. Inmediatamente se levantaba algún comensal, quien se apuraba en limpiarse la boca con la servilleta y, entre disculpas, desaparecía apresuradamente por la puerta con el vecino resignado abriendo paso.

El conductor del deportivo rojo era un chico joven, con ropa de marca y el tupé abundante y tieso. La chica era una muchacha delgada, elegante y con un vestido corto amarillo. Se acercaron a la entrada del restaurante. Había mucha gente apelotonada en la calle frente a la puerta. Seguramente todas las mesas estaban o bien ocupadas o bien reservadas y les tocaría esperar. La chica fue la primera en hablar:

–No me imaginaba qué a estas horas estuviese abarrotado. Es pronto todavía.

–Yo tampoco. Es que este sitio es muy bueno. Creía que con venir un poco antes no haría falta reservar– se excusó el chico.

–Entonces, ¿no tenemos reserva?

–No.

–Pues vamos a otro sitio, ya volveremos otro día con la reserva hecha – sugirió la chica.

–¡Noooo! ¡Me apetece comer cochinito al horno! ¡Aquí lo hacen de muerte! –se quejó el chico peinándose el tupé–. Espera a que pregunte...

–Nos darán mesa para las tantas, si es que no cierran antes... –dijo ella mirando la hora en el móvil.

Justo entonces la puerta se abrió y sacó la cabeza el encargado:

–¿Joseba? ¡Mesa para dos a nombre de Joseba!

–¡Aquí! –chilló el chico levantando la mano. La chica lo miró sorprendida. Iba a recriminarle la mentira, pero él la asió fuerte por el antebrazo y se dirigió hacia dentro del local.

Era un restaurante rústico y acogedor. Un olor de cocido y puchero sobrevolaba la sala como una nube invisible y espesa, acariciando las narices de los comensales y despertándoles el apetito. Les indicaron la última mesa que quedaba libre. El chico se estaba pasando la mano por el tupé, satisfecho por su ingenio, cuando una voz potente gritó a sus espaldas.

–¡Eh! Alto, yo soy Joseba.

Era un tiarrón de mediana edad, con unos bíceps enormes y un pecho hinchado de toro. La cabeza encajada en el cuerpo mediante un cuello recio como la cepa de un árbol.

–Lo siento amigo, yo también me llamo Joseba– dijo el joven, que parecía un enclenque al lado del hombre fortachón.

–¡No es verdad! Saca el DNI.

–No lo llevo encima –dijo el joven sonriéndole y mirándolo de soslayo y se sentó en la mesa, tomando posesión de ella.

–¡Estás mintiendo!

–¡Calma! –intervino el encargado. Espérese en la barra –le dijo a Joseba– y cuando podamos le acomodaremos en algún sitio.

El tiarrón se esperó en la barra tomándose una jarra de cerveza. Al cabo de un rato le pusieron una mesa en una esquina. Joseba iba solo, por lo que fácilmente pudieron arreglarle un sitio.

La cena prosiguió. Los jóvenes pidieron cochinito al horno, el plato estrella del restaurante. Joseba eligió un potaje de garbanzos y un chuletón de ternera. Comía todos los platos con doble ración y la copa de vino se la llenaba cada dos por tres.

–Tengo la mirada de ese tipo clavada en el cogote– se quejó la chica.

–¿Ah sí? –replicó el chico– Ya verás... –y le dedicó a Joseba una mirada con una sonrisita y un saludo con la mano.

–¡Para! ¡Estate quieto! –le ordenó ella y arrojó su mano sobre la de él para ahogar su gesto de mofa.

–¡Es un musculitos sin cerebro! Es un viejo, ya le salen arrugas y tiene entradas –dijo el chico y empezó a peinarse el tupé mirándolo, como para recordarle el pelo que a Joseba ya le clareaba.

–Y tú eres un chulito engreído –le soltó ella.

–¿No me dirás que lo prefieres a él? Yo cuando tenga 40 años conservaré mi pelo, bonita, no como el musculitos –le guiñó el ojo a la chica.

Ella iba a contestarle cuando de repente se oyó la voz del encargado en medio de la sala:

–¡Coche rojo deportivo! Está mal aparcado.

–¿Ves? –dice la chica mientras el camarero canta la matrícula del vehículo –¡Te lo dije! ¡No podías aparcar ahí! Siempre haces lo que te da la gana.

–¡Shhh!, tranquila, nena. Hoy estás muy alterada. Anda, acábate el cochinito y pasamos a los postres. Ahora vuelvo –le guiñó otra vez el ojo y salió con toda la parsimonia del mundo. Cuando llegó hasta el vecino afectado por el coche, le hizo un gesto de calma con las manos, como si con las dos

manos votara una pelota imaginaria. El vecino soltó algún improperio y el chico le tocó el hombro con fingida camaradería y mucha guasa. Desaparecieron por la puerta.

Entonces Joseba se acercó a la mesa de la chica:

–Hola –dijo y se sentó en el lugar del chico–. Será sólo un segundo –la chica se quedó blanca y asustada–. Joseba, encantado– dijo alargándole uno de sus enormes brazos para darle la mano, grande, redonda y ruda como un pan de payés.

–Sandra –le dio la mano.

–Oye Sandra...

–Péndonanos –le cortó ella–. Es un chulo. Yo no quería sentarme aquí, pero no sabía qué hacer ni qué decir... Ni quería que os pegarais ni que se formara un jaleo... Al verte cómo eres... y luego el carácter de Alberto...

–¿Alberto, eh? ¡Cago en diez!

–Sí, no se llama Joseba.

–Ya, lo suponía... ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Lleváis poco tiempo juntos, verdad?

–Poquísimo, un mes.

–Mira, escúchame bien: Podría ser tu padre, ¡joder! No porque tenga entradas, sino porque creo que eres buena persona, como yo. Así que hazme caso: deja a ese capullo. No es tu tipo. Vas a sufrir mucho si sigues con él. Disfruta de la cena y saborea el cochinillo y los postres, pero olvídate de ese mamarracho, no te conviene.

Ella calló y bajó la cabeza. Después lo miró con ojos llorosos y dijo:

–Gracias.

–No hay de qué– le cogió la mano y se la besó– Agur–. Y se volvió a su mesa.

Alberto volvió al cabo de un rato.

–Ya está, nena. ¿Postres?

–Sí. Hay *coulant* de chocolate –dijo ella sonriente.

–Esa es mi nena, así, de buen humor. ¿Compartimos?

–No, yo quiero uno solo para mí –dijo con voz firme.

–Mientras he estado fuera se te ha abierto el apetito, ¿eh? –le contesta sonriente repasándose el tupé.

Tomaron los dos *coulant* y después café y chupitos. Pidieron la cuenta, pero resultó que Joseba, que ya se había ido, había pagado su mesa y la de ellos. El camarero les explicó que, al pasar la tarjeta, le dijo que él se encargaba de pagar todas las mesas que iban a nombre de «Joseba».

Alberto se quedó impresionado y empezó a reír escandalosamente:

–¡Qué cabrón el tío! Ese tío es tonto. Le quitamos la mesa y encima nos la paga. Va de sobrado. Ya verás cuando se lo explique a los colegas...

Las risas se le acabaron cuando llegaron al coche. En la puerta del conductor había una rayada enorme. Se podía leer: «Buen provecho, Joseba».